

Xirau: el poeta, el amigo*

FEDERICO REYES HEROLES

◉ Jamás imaginé estar aquí, en El Colegio Nacional, en una ocasión tan grata. Pero debo comenzar con una declaración: no soy crítico literario, ni especialista en poesía ni nada similar. Soy, en todo caso, un orgulloso amigo de Ana María y Ramón y, eso sí, un viejo lector y admirador de la obra de Xirau. De entrada aclaro mis debilidades, porque lo que ustedes van a escuchar son, cuando más, las reflexiones de un lector. Haré un esfuerzo para que el cariño no me domine.

“Para mí no hay una diferencia fundamental entre la poesía (o el arte en general) y la filosofía [...]”, es Xirau quien habla. Lo ha dicho mil veces, lo ha escrito, son —agrega— tan sólo vías distintas para conocer el mundo. Poesía y filosofía, en algún sentido, se tocan, se saben distintas pero se abrazan con la intención última de conocer. Una poesía que quiere conocer, una filosofía que quiere decir. Ahí el punto de encuentro en esa intimidad que provoca la palabra. Adolfo Castañón ha documentado el tema ampliamente.¹ Se trata de una pasión declarada por parte del filósofo, del poeta. Allí está su larga obra de ensayos publicados en *Entre la poesía y el conocimiento*.

Por eso hoy es un día muy especial. Por primera vez tenemos la oportunidad de transitar en una sola entrega por el amplio universo poético de Xirau. Hacer una lectura en conjunto, contemplar el paisaje del cual siempre hemos visto fragmentos. Es una retrospectiva de medio siglo de una obra construida en el silencio, en la soledad. Hoy ese panorama amplio se devela. Los títulos se borran, *Naturalezas vivas*, *Lugares del tiempo*, todo se funde para provocar una única travesía que permite desnudar la entraña, mejor decir el alma del gran pensador. ¿Qué pretende Xirau? “Todo poeta —dice el filósofo-poeta de su oficio— opera una desrealización de los datos que le entrega la experiencia.” Pero, ¿qué entiende por desrealización?, ¿acaso una metamorfosis, una mutación que

desprende la corporeidad? Xirau se explica: “Las cosas pierden la realidad sustancial, práctica y tangible que le confiere, al alumbrarlas, el sentido común[...]”. Ahora viene el cambio cualitativo: sólo así pasan a ser “formas de conciencia”.

Los árboles nocturnos
¿hacen cantos de pájaros?
Vuelan, campanas, vuelan
gamos del tiempo.

El ejercicio entonces es ése: la desrealización que forma conciencia, y para ello el eslabón imprescindible es la palabra, la palabra al servicio de la conciencia y nunca viceversa. Quizá por ello la necesidad de crear expresiones propias, neologismos adecuados al fin de cobrar conciencia: cavalimbos, cavainfernos, cavaluz, matamuerte, matapio, cantadamor, nocheazul y muchos más, los que sean necesarios. Aquí Xirau delata la gran influencia de la filosofía alemana en él. Es esa facilidad del alemán de plegar las palabras a las ideas la que quizás haya abierto el camino al extendido oficio de asignar un sentido a la existencia, de cobrar conciencia del sentido, de filosofar.

Vayamos a la parte viva de la poesía de Xirau. Algo me queda claro: una infancia llena de recuerdos que marca su memoria poética de principio a fin. Una infancia intensa, rica —no me atrevo a decir feliz, ese término con tentación de absoluto me da resquemor, miedo. Una infancia que, vista desde el exilio, crece y se convierte en referente de libertad acaso, de plenitud, de dicha. El carácter lírico invade al poeta:

Danzas,
en los cabellos
pequeñas flores rojas,
el venteo es muy calmo,
y tú, muchacha, exacta,
enamoras el campo,
cántico tan azul y tan sencillo.

* Este texto fue leído en la presentación de la *Poesía Completa* de Ramón Xirau (FCE/UNAM, México, 2007) como parte del homenaje que le rindiera El Colegio Nacional en octubre pasado.

¹ Ramón Xirau, *Entre la poesía y el conocimiento*, Colección Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.

El ánimo lírico se inicia muy temprano en la obra de Xirau, un canto repleto de luz, de árboles, mangos, olivos, naranjos, plantas de todo tipo que atrapan su mirada, agnocastos, que son sauzgatillos, verbenáceas: allí el impulso a su curiosidad para dar el primer paso hacia la conciencia deseada. Su admiración por la naturaleza lo llevaría a ser clasificado hoy como ecologista pionero. En sus líneas están una y mil veces el mar, las olas, la arena, las gaviotas. Todo en armonía, lejos del peligro. Por eso cita a Schlegel: “Es difícil pensar que morir es posible con tanta belleza”. Viene a la memoria el niño Alfonso Reyes, ese niño al que seguía el sol; andaba tras de él, despeinado y dulce, con sueño, el sol que sigue a los niños. Todo comienza entonces con el asombro de joven poeta: que redescubre una etapa luminosa que está guardada en su memoria, en su memoria poética.

No puedo describir esta hoja verde
De venas verdes, venas amarillas.
La hoja es todo un mundo,
igual que el mundo de este mundo.
En la hoja de cada clara hoja,
otro mundo. En la ahojada hoja de la hoja,
un mundo y más mundo.
La hoja de la hoja de la hoja.

Pero el canto que atraviesa la obra de Xirau no sólo es juvenil, también está en toda su obra de madurez:

¡La música desciende de los árboles
como fruta que brilla dentro del pozo negro,
manzano puro de la noche!

Es curioso. Junto a esta luminosidad reiterada de los paisajes imaginados de sus primeras obras aparece recurrentemente una expresión que uno supondría inadecuada. Me refiero a la sombra:

Con tanto amor cuida el amor la sombra
que ésta brilla de luz,
tan amorosa es la sombra del amor
que la ternura nace en cada hoja [...].

El hálito del viento venía de tus sueños
y los cabellos
se te enredaban lentos en el aire
dispersos y fluidos del cuerpo de la sombra [...].





La sombra cuida el amor, la sombra puede ser amorosa, la sombra tiene cuerpo. En Xirau la sombra no es amenaza, la sombra es complemento y contraparte imprescindible de la luz que lo visita.

Te has acercado a mí en la noche clara
y en el cielo lucían, entretanto, las sombras
de lirios y de luz de las estrellas [...].

Hoy te he visto en el más leve camino,
la sombra más ligera, el cielo claro
que risueño me mira
en pleno bosque.

Acunas en el cuerpo nuestro claro
—como sombra de luz— signo de rosa.

Una sombra callada en ti se para
y abre en la noche espacios y caminos.

Soledad. Soledad. Amor en sombra
de cada rama lisa [...].

Silencio. Soledad. Desierto, el parque
tiene brazos de sombra y un perfume
más helado que campos ateridos.

La sombra en Xirau no es la común, la que describe un panorama sombrío, la que oculta, la intrigante sombra de la luna. Su sombra acompaña, convive con la luminosidad y el amor, su sombra invita a ir a ella. Nada pesa en la sombra de Xirau, además de fresca el poeta descubre otros rostros de la sombra, y recordemos que de eso se trata, de conocer con la poesía, de hacer que la filosofía hable. Todo poema, nos advierte Xirau, es visible aunque no explicable. La forma de conciencia surge en parte por esa visibilidad que es el milagro de la poesía.

Hay otras expresiones frecuentes: las barcas por ejemplo.

Barcas, mis barcas,
encaminadme barcas,
la luz ¿de dónde viene?

Las franjas de oro
en el borde
de la mañana
son hojas, flores
barcas y barcas
(el cerezo ya es alba).

¿Navegan las barcas de Xirau? Sí es la respuesta, pero navegan en territorios donde no necesariamente hay agua, faltaba más, navegan por los cielos, navegan por los recuerdos, por las fantasías, por los deseos. Pero por supuesto, ¿quién aquí puede negar que también para eso sirven las barcas?

Es claro que la poesía de Xirau evoluciona, cambia. Mientras que en una primera etapa son escasas las referencias a otros pensadores, filósofos, músicos, o a imágenes mitológicas, en la segunda, digamos a partir de los años ochenta, éstas abundan. La intertextualidad se incrementa sensiblemente. Xirau dialoga con San Agustín, con Keats, con su amigo Octavio Paz; se atraviesan Satie, Respighi, Baudelaire. También tierras y ciudades sirven de piedra de toque: Provenza y, por supuesto, el esperado retorno a Barcelona. Pero hay una parte esencial de su poesía que continúa intacta. La importancia del entorno, de la naturaleza, es una presencia, inalterable; digo presencia para utilizar el término predilecto de Xirau, autor de las presencias, espacio filosófico y poético al que nunca renuncia, o quizá no puede renunciar.

Hagamos un ejercicio, supongamos por un instante que alguien totalmente ajeno al

poeta lee el volumen. No le cabrá la menor duda de que el autor vive frente al mar, por lo menos una etapa del año, y que el resto de su tiempo transcurre en la campiña.

Breve es la voz fugaz del campo.

Las ondas noche despliegan claros en la playa.

•
Caminaba en la noche de alta sombra.
El agua del río desgredaba estrellas.
Tiernas las hojas, hierbas enlucidas.
Al interior del cielo alcé los ojos.

La tierra blanda jadeaba, lenta.
Llovía lentamente [...]. (1949)

•
Casi blanco
verde azul el mar.
La casa parece blanca
dentro del árbol
y cielo arriba y cielo adentro
se van del mar
despegan
giran y giran en el cielo saliente
¿tornan
retornan? (2004)



Entre los dos textos hay más de medio siglo de distancia. Xirau cohabita en la naturaleza, por eso ella habla, se enoja. Logra que el viento, la luz y el mar se peinen.

Los árboles conversan y se preguntan si no se enojan cuando no hay viento.

Me pasa el río que pasa
y yo soy este río
sí la ventana abierta
hace contagio de ojos y de aguas.

Hay así una integración: el poeta trata de penetrar la exterioridad, de leerla, de escucharla. Pero también se deja penetrar por los sonidos, por los movimientos, por la espuma de las plantas, por el lenguaje del musgo, de las ramas. Los sauces lo miran y él les responde la mirada. Otras expresiones curiosas que están regadas a lo largo de la obra de Xirau son las algas, el níquel como referente de brillo y, finalmente, el espejo, como misterio de la trascendencia del reflejo de lo inútil —de allí el título de uno de sus primeros libros, *El espejo enterrado*.

Del gran maestro universitario, del hombre-puente, se han dicho tantas cosas buenas: generosidad infinita, punto de encuentro del español y el catalán, puente de encuentro entre la filosofía y la poesía, pero recuerdo poco del Xirau amoroso, del Xirau amante y por momentos ligeramente erótico que aparece a lo largo de su obra. ¿Será que la figura del respetadísimo catedrático, del gran maestro que ha introducido a decenas de generaciones en la filosofía, la del filósofo que indaga en lo sagrado y cuya convicción religiosa siempre ha sido parte conocida de él, será que todo eso nos creó una barrera de humo ante ese otro Xirau que siempre ha estado presente, el amoroso? Desde *Diez poemas* hasta su obra más reciente hay la presencia de una segunda voz femenina. Es una ella que lo acompaña en momentos en que el halo poético lo rodea.

Levemente venías hacia mí
en tu sueño,
de luz y brisas hecha levemente
volabas hacia mí,
desnuda como el alba.

Silenciosa, tendida, amada, tenue
bajo la fuerza del deseo azul,
te he buscado y hallado, mortecina
con jadeo de amor y noche de verano.
En el latir del cuerpo que se ha abierto
y cerrado de nuevo y se abre de esperanzas
igual que el aleteo de altas aves celestes,
lo mismo que el latido de árboles matinales.

Te he visto en los monólogos de las fuentes,
te he visto en las miradas de los pájaros,
te he visto en las ventanas de las horas,
y en las hojas que el mar cantaba sueños.
Las hormigas de nieve imitaban las sombras
de arroyuelos de luz y de quietud.

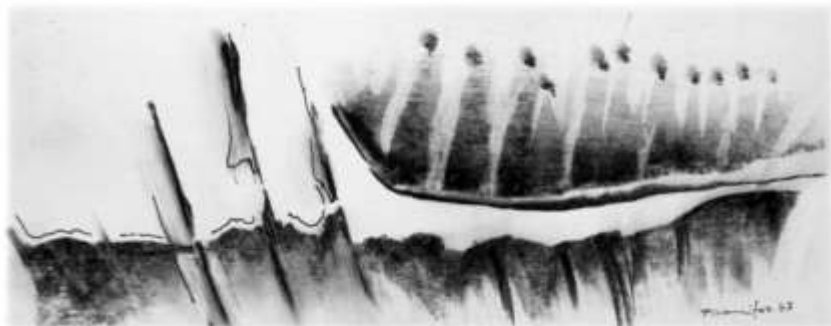
Hay, por supuesto, algunos poemas en los que la segunda persona se refiere a Dios, pero éstos resultan inconfundibles frente a esa otra segunda persona, terrenal, carnal, que también está presente. Va un ejemplo de lo primero:

Todo huye de mis sentidos. Se aplica el cuerpo
la libertad mortal de Tus ojos inexistentes,
y todo sería nada, a no ser por la eterna
invisibilidad, oh Dios, de tu presencia.

O aún más claro:

Dame, Dios,
dame un grano de luz,
un grano de trigo de luz,
la gota de un racimo.

Dame, Dios,
la Luz.



¿Cómo comparar las anteriores líneas con éstas?

Quisiera verte aquí,
silencio, el más voraz
camino del amor.
Sencillamente, amor, se mueren
las rendijas del suelo
y la vida dice vida
en cada trozo de escarcha,
en cada río de palabras
perdidas.

Dame tus manos, amor, cerca de la playa
mientras crecen los mimbres de la sierra
y el viento desciende desnudo de lo que el agua
no dice en el silencio de las hojas.

No sé ustedes, pero ya me cansé de pretender objetividad, esa objetividad que, como dijera Santiago Genovés, al fin y al cabo es un invento de la subjetividad humana. Me cuesta trabajo decirle Xirau, casi me duele tener que referirme a las líneas más íntimas de un gran amigo con ánimo de fría lectura profesional. Si me permiten entonces hablaré de Ramón.

Queridos Ana María y Ramón:

Hoy estamos reunidos aquí para dar la bienvenida a este nuevo volumen que permitirá al lector recuperar muchas líneas que andaban sueltas, perdidas, huérfanas, que eran inaccesibles para los lectores. Felicidades entonces a los editores: El Colegio Nacional, la UNAM y el Fondo de Cultura Económica por la pulcra edición y por el justo esfuerzo.

Por cierto, les tengo una sorpresita: en enero del 2005 Ramón tuvo a bien darme uno de los mejores regalos que he recibido en mi vida: un poema cuya copia traigo y que se titula "Navegación". Así que, como muchas "obras completas", estas obras completas siguen siendo, por fortuna, incompletas.

Navegación

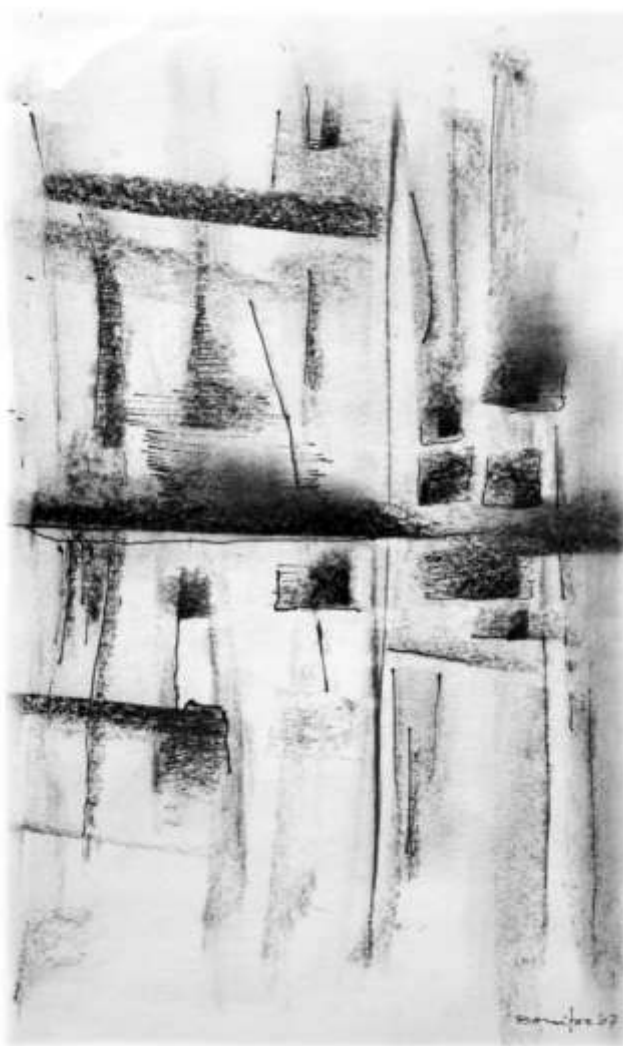
*Para Federico, en sus
jóvenes (juveniles) cincuenta,
de Ramón Xirau*

Has navegado en el agua
de tu mundo.
Playas y playas
la concha de oro
hecha de luz te mira.

* * *

Has navegado el mar
has navegado todo aire
—corren los ciervos por las cimas—
vive en el valle del mundo
la luz del yelo
los aires aventó y te navegan
a ras de cada playa
la luz del mundo.

Cuernavaca, 2005



Pero más allá del volumen, en realidad estamos aquí para festejar una vida, una vida entregada a hacer de la palabra y del pensamiento una norma de conducta cotidiana. Estamos para festejar a la persona de carne y hueso. Al volumen no se le puede abrazar. A ustedes sí. Porque, ¿sabes, Ramón?, también podría ocurrir que tuvieras todas estas cualidades, que desplegaras las alas enormes de tu inspiración poética, que fueras sabio como lo eres y que sin embargo fueras un ser humano pequeño, mezquino, feo. Perdón por la expresión pero ocurre muy frecuentemente: autores magníficos que prefiere uno sólo leer antes que compartir con ellos una taza de café. Pero a Ana María y a ti les ocurre algo distinto. Sucede que a tu enorme obra como filósofo, como maestro, como traductor y, por supuesto, como intrigante poeta, la acompaña una fama pública de bonhomía, de generosidad, que con frecuencia hace que uno se olvide del gran personaje que con suavidad deambula por el mundo.

¿Para qué sirve la filosofía si no es para engrandecer a los seres humanos? ¿Para qué sirven los manuales si no es para usarlos en nuestra propia alma? Ésa sería la primera lectura de Víctor Hugo. ¿Cómo es su alma? Si tuviera que responderle le diría: "Monsieur Hugo, estamos frente a buenas almas". Encarnar las ideas es lo que hace a las personas una excepción.

Ana María y tú han llegado hasta aquí a pesar de los días tristes y haciendo de la vida, de esa vida plasmada en tu bellísima poesía, haciendo de ella una consigna: vivir, vivir intensamente, vivir el café de la mañana, vivir la luz de tu estudio, vivir la intensidad de tu seminario, vivir el árbol y la hiedra en tu terraza, vivir con los amigos acompañado de un buen vino, un espléndido pescado y quizá, si tuvimos suerte y Ana María tiempo, una gelatina de anís y uvas. Para eso estamos aquí hoy, para festejar el volumen y para darles un abrazo que intente decir una sola palabra: gracias, gracias a los dos por las lecciones de vida que nos han dado. ~

